

Dos miradas

## Alta exigencia

JOSEP MARIA **Fonalleras**

Una prohibición genera, de manera inevitable, un rechazo explícito. Y no solo eso: el deseo de subvertir la norma, por el simple hecho de ir contra la veda o porque pensamos que nadie nos ha de imponer nada, nace entre nosotros como una bocanada. La prohibición, para que sea efectiva, se alía con la sanción, porque, si no, sería solo un consejo. Y multar o imponer un castigo se puede entender como una injusticia (tan dados como estamos a proclamar una individual ética que se impone a la ética colectiva) o como la estructuración necesaria de la convivencia. Las

mascarillas. Nos convertimos en policías cotidianos en busca de los infractores o nos estamos de reconvenir al otro porque otros problemas tenemos o porque intentamos mirar hacia otro lado. Hasta que llega el trabajo ingrato del servidor público que impone la norma –es un deber– en su territorio. No es un *sheriff*, sino un conductor de bus, discreto y anónimo, que sabe que su trabajo es llevar a los pasajeros, sanos y salvos, a su destino. Sanos y salvos. Y muere en el intento de evitar el incivismo, como ha pasado en Francia. Es también, este tiempo que nos toca vivir, un ejercicio de alta exigencia de la civilidad. ≡



## La antesala

EMMA **Riverola**

El viernes 13 de marzo, la portada de EL PERIÓDICO destacaba: *Aulas cerradas. Bolsas en pánico*. Solo cuatro meses han transcurrido desde ese día en que entramos, sin ser muy conscientes, en la antesala del desconsuelo. Igualada amaneció con un silencio espectral, se convertía en el primer territorio confinado en Catalunya. Aún nos costaba hacernos a la idea. Horas después se anunciaría el estado de alarma de próxima implantación. Nuestras vidas estaban a punto de cambiar como nunca antes hubiéramos imaginado. Incluso ahora cuesta. Para empezar, asu-

mir esos más de 27.000 fallecidos. ¿Cuántas historias de duelo sin cerrar arrastra esa cifra? Vidas truncadas, repentinamente truncadas. ¿Cómo asumir esas despedidas en solitario, ese vacío que ni siquiera se pudo llenar de palabras o gestos?

De improviso, el vocabulario empezó a poblarse de palabras que solo los mayores conocían. En nuestra mente aún sonaban a blanco y negro, a rostros antiguos, a tiempos pasados. Nosotros, que creíamos saberlo todo, nos declarábamos oficialmente ignorantes. No estábamos preparados para preguntar sin recibir respuesta. ≡

## Fracaso político

MARÇAL  
**Sintes**



## La mascarilla como penitencia

**A**ndrea se ajusta la mascarilla en el ascensor, antes de salir a la calle. Le agobia. Ha probado varios modelos, pero no ha conseguido encontrar uno que le resulte cómodo. Empieza a caminar hacia la oficina, que está el centro de Barcelona. Observa que más o menos dos de cada diez personas con las que se cruza no llevan mascarilla, o la llevan con la nariz por fuera o bajo la barbilla. Bastantes turistas que no se enteran o hacen como que no se enteran. Su primera reacción es indignarse con los que pasan de la mascarilla. Pero enseguida, ya respirando por la boca, su pensamiento se va a los políticos.

Los políticos se sacaron el marrón de encima y se lo endosaron a los ciudadanos. Les dijeron que fueran responsables y solidarios, y chimpún. Jamás debían haber permitido que cundiera la sensación de que, tras el encierro en casa, la tormenta había pasado. Tenían que haber hecho todo lo posible –por ejemplo, mandando policías a los lugares con mayor concentración de personas– para impedir que sucediera lo que ha sucedido. Mientras sigue caminando bajo el sol de julio, **Andrea** no alcanza a entender qué tipo de mentalidad infantil pudo imaginar que con martillar un puñado de consejos todo iba a ir como una seda.

Ella no ha leído a **Hobbes**, pero ha rebasado los cuarenta y vive con una hija preadolescente. Suficiente para tener claras algunas cosas sobre la insensatez y el egoísmo humanos. Y sabe perfectamente que no basta con admoniciones si lo que se quiere es que los comportamientos cambien. Que hay que estar encima. Y a veces castigar. Si se hubiera actuado con igual permisividad con el tabaco, se dice, aún se fumaría en los ascensores, los restaurantes y los autocares. Conclusión: ante el descalabro, las autoridades han querido corregir su dejadez de golpe y con una medida extrema. Mascarilla siempre. Cien euros de multa. Como los maestros novatos que, cuando pierden los estribos, castigan a la clase entera. Penitencia para todos. Una vez más, se dice **Andrea** casi llegando al trabajo, pagan justos por pecadores. Maldita sea. ≡

## LOS LUNES, CIENCIA

# Mujeres maduras y covid-19

ADELA  
**Muñoz-Páez**



**A**unque en España comenzamos a retomar con precaución los hábitos veraniegos de antaño, la pandemia sigue azotando muchos países americanos y del sudeste asiático. El más afectado, Estados Unidos, contabiliza ya más de 130.000 muertos y casi tres millones de contagios, mientras que el presidente de Brasil, el segundo país con más víctimas, ha dado positivo en el test de coronavirus tras haber negado repetidamente la gravedad de la epidemia que asola su país.

Pero tampoco en España podemos cantar victoria: el número de rebrotes no deja de crecer porque el virus sigue aquí y estará con nosotros bastante tiempo. Por ello, la viróloga **Margarita del Val**, directora de la plataforma de investigación sobre el covid-19 Salud Global, impulsada por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC), dice que hemos comenzado los «años de pandemia». Fue también una mujer, la hepatóloga y epidemióloga **Li Lanjuan**, la que dio la voz de alarma en China recomendando que se tomaran medidas drásticas de aislamiento en Wuhan antes del 24 de enero, día del año nuevo lunar chino. Tras conseguirlo, siguió trabajando en los hospitales de Wuhan hasta finales de marzo, cuando la situación comenzó a



CONTE

estar controlada en esa ciudad. Por su actuación la llamaron la *diosa de Wuhan*, nombre con el que se ha hecho famosa en toda China.

EL HECHO de que dos mujeres maduras –**Li Lanjuan** tiene 73 años y **Margarita del Val**, 61– tengan papeles protagonistas en una emergencia mundial es una situación sin precedentes en la historia de la humanidad. Por ejemplo, las mujeres estuvieron ausentes en la lucha contra la mal llamada *gripe española* que estalló tras la primera guerra mundial causando más muertes que ésta. En esa época a las mujeres maduras se les negaba casi el derecho a vivir porque habían dejado de servir para realizar su función primordial: traer hijos al mundo. No es de extrañar que hasta hace no mucho se pudieran leer afirmaciones como la del doctor **Marañón**, que en su obra *Los estados intersexuales en la especie humana*, publicada en 1929, decía que las mujeres climatéricas perdían el cabello en la parte frontal, de forma simi-

lar a los varones de edades similares. Al comentar con varias amigas, climatéricas como yo, esta afirmación tan peregrina, una de ellas me hizo notar que cuando se escribió esta obra muy probablemente las mujeres a partir la cincuentena tenían cabelleras menos lustrosas que las nuestras y no solo en la parte frontal. Entre otras cosas porque los embarazos y partos encadenados cuando no había más métodos de control de la natalidad que el aborto –al que solo recurrían las muy desesperadas– agostaban a la mujer más fuerte y sana. Ya hubo una gran diferencia entre mis embarazos y los de mi madre solo por el hecho de contar con suplementos nutricionales. Mi suegra suele decir que a ella cada hijo le costó una muela, y no habla de forma metafórica. El déficit que originó el deterioro de su dentadura pudo ser el mismo que empujaba a las embarazadas a tener el antojo de comerse el *caliche* de las paredes, lo cual, probablemente, era la respuesta del organismo ante la carencia alimenticia de calcio,

un elemento esencial para el desarrollo del esqueleto del feto.

Pero a pesar de que embarazos y partos entrañaban un gran riesgo para la salud de la madre –dos de mis bisabuelas murieron de parto–, en el primer tercio del siglo XX estos eran solo los primeros de un rosario de infortunios. Sin vacunas ni antibióticos, la mortalidad infantil era muy elevada, lo cual era una fuente adicional de sufrimiento y deterioro de las madres. Y la llegada del climaterio, que ponía fin a esas desventuras, hacía que las mujeres perdieran su razón de existir y con ello su consideración social. Por todo ello no es de extrañar que las mujeres climatéricas de entonces tuvieran malos pelos.

En contraste con ellas, me siento afortunada por la espléndida madurez posmenopáusica de las mujeres de mi generación. Nosotras podemos disfrutar de vidas plenas gracias, entre otras cosas, al hecho incuestionable de que, aunque ya no podamos parir, seguimos teniendo papeles relevantes en nuestra sociedad, como el de las doctoras **Li Lanjuan** y **Margarita del Val**. Ellas, como la hepatóloga **Trinidad Serrano**, mi colega de AMIT, y como muchas otras mujeres climatéricas miembros del personal sanitario, han devuelto la vida a muchas personas infectadas por un virus minúsculo con forma de corona, arriesgando muchas veces sus propias vidas, como las arriesgaban nuestras abuelas cuando daban a luz. ≡

**Catedrática de Química de la Universidad de Sevilla. Miembro de la Red de Científicas Comunicadoras.**